

En el referente histórico de la transformación

política, económica, social y cultural de los pueblos, ha gravitado como una constante de inmodificable contenido, la mutación acelerada del entorno y dentro de este, la mayor o menor capacidad de las organizaciones e instituciones, para responder a los retos que el cambiante mundo presenta en todos los órdenes.

El marco de esas transformaciones, nunca ha sido una quimera para el aparato militar del Estado, las reformas, ajustes y cambios; antes por el contrario, han sido sus instituciones las que a través de los tiempos, con un claro pensamiento y visión de futuro, se han preocupado para estar siempre a la altura de las crecientes necesidades de seguridad y defensa nacional, tanto en el orden externo e interno, son ellas las que han remontado fronteras para beber de la fuente y aprender de sus homólogos alrededor del mundo, trayendo para sí, ciencia y tecnología; pensamiento y doctrina; técnica y táctica y profundas experiencias, hasta formar un caudal de inmejorables conocimientos, los cuales traducidos al seno de nuestras realidades nacionales, han constituido esa fuente inestimable de vivencias que en cada uno de sus hombres y a través de la historia, han forjado los cimientos de la República; moldeado su carácter y consolidando su trayectoria democrática, sin importar que para su logro, se hayan inmolido incontables héroes para perpetuar ese anhelo que por generaciones ha permanecido en la mente y en el corazón de todos los colombianos.

REFORMAR MILITAR

Por • Coronel Alberto Bravo Silva

La fecunda historia del Ejército, habla por sí sola, de sus repetidas etapas de ajuste, donde ha imperado siempre el pensamiento de superación; la idea de renovación sobre la base del interés nacional; la proyección de futuro para enfrentar con solvencia las realidades del inestable mundo político; los anhelos de su pueblo para acoger como su irrenunciable credo; los proyectos de desarrollo y bienestar social para hacer causa común la guerra contra el atraso y el marginamiento y para estar reafirmando siempre, las bases de esa inquebrantable tradición democrática, que por siglos ha guiado el pensamiento de los colombianos y constituido como la más sólida herencia de un pueblo sediento de mejores destinos en el concierto de las naciones libres.

Para hacer sólo referencia a este convulsionado Siglo XX, vasta con citar la trascendente y profunda renovación que vivió el Ejército en los albores de 1903, cuando el General Rafael Reyes profesionalizó la carrera de las armas, apartándola de los dañinos e inconvenientes intereses políticos, para que su presencia y gestión, traspasara las mezquindades del poder y trascendiera a los nobles valores del interés nacional y el bien común, máxima aspiración de un pueblo sumido en la desesperanza, por la errática orientación de sus destinos.

Siguieron a su etapa de profesionalización, el inmenso reto que representó asumir con patriotismo y profesional empeño, la agresión e invasión a nuestro territorio en el año de 1932, por parte de una fracción del Ejército peruano, donde las Fuerzas Militares como un todo, pasaron en forma acelerada de una situación de paz, a constituirse en una sólida fuerza de guerra, dispuesta a defender sus más caros intereses de independencia, integridad territorial y soberanía, reto que se hubiera constituido en una quimera, de no ser por esa especial capacidad para cambiar sobre el terreno de los acontecimientos; por esa innata versatilidad para adecuarse a las circunstancias y por esa voluntad inquebrantable de cambio, indispensable para la defensa de los más caros intereses nacionales.

La convulsionada vida política de las décadas del cuarenta y cincuenta, matizadas por una irrefrenable violencia partidista, dio origen a la conformación de sonadas bandas que asolaron campos y ciudades; debiendo nuevamente ponerse a prueba la capacidad del Ejército para moldear sus estructuras y organización, adecuándolas a ese nuevo estilo de guerra incierta e indefinida, donde se imponían ya nuevos conceptos de guerra revolucionaria, de la cual nuevamente salió a flote la institucionalidad del Estado, gracias a la capacidad de renovación y sacrificio de su estructura militar.

A mediados de los cincuenta, corre por todo el continente el ideario comunista y dentro de este, la concepción de la guerra revolucionaria y la división del mundo este - oeste, sumiéndose la república en uno de sus más nefastos y prolongados episodios de violencia, cuya espiral hace metástasis en toda la sociedad. A esta vorágine de calamidades, nuevamente sale a hacer el frente el Ejército y en una de sus características manifestaciones de acatamiento al poder político, revoluciona su organización; su concepción de la guerra y su doctrina para enfrentarla, recorriendo un tortuoso, solitario y largo camino para impedir el asalto a la voluntad soberana del pueblo.

En esta, la más cruenta etapa de barbarie del país, se pone de manifiesto como en ninguna otra de su historia, las sucesivas reformas y adecuaciones de la estructura militar, donde jugó papel importante la adecuación de su doctrina; las nuevas técnicas de conducción de pequeñas unidades; la capacitación de comandantes y tropas; la implementación de armas, materiales y equipos; la creación de escuelas y unidades especializadas en el combate de contraguerrillas; la ejecución de intensivos cursos en el exterior; el intercambio de experiencias con ejércitos comprometidos en similares situaciones; el trascendental paso al sistema de soldados profesionales y con estos, la creación de los batallones de contraguerrillas, hasta alcanzar en la actualidad la conformación de brigadas móviles, máxima expresión de versatilidad, capacidad de combate, eficiencia, masa, poder de fuego y obviamente movilidad, como respuesta a los retos de la amenaza.

dura y combates prolongados, donde la subversión explotó con acierto esas debilidades, las cuales por su carácter puntual, no se presentan en la generalidad de la institución, ni permiten deducir un **equilibrio de fuerzas**, que faciliten el paso a otros estadios del conflicto.

En ese simplista y sesgado análisis, salta como cantada solución de la controversia, la **reforma militar**, entendida esta, como una transformación radical de estructuras, normas y procedimientos operacionales y dentro de esta, la participación de entes y organizaciones de todo orden, en un desbordante e irreflexivo afán de protagonismo frente al país, donde el consciente olvido de las realidades históricas, pretende echar por la borda, la indiscutible capacidad de las Fuerzas Militares para frenar la rampante amenaza contra el Estado, a lo largo de cuarenta años de guerra sin cuartel, donde la vida de incontables héroes anónimos, ha permitido a no pocos detractores, gozar con largueza de garantías y libertades, solo dables en este irremplazable Estado de derecho, para quienes sin aportar una milésima a la transformación del país, se arrojan el derecho de socavar su institucionalidad.

Bienvenidos los cambios, pues como lo hemos expuesto, estos han formado siempre parte del devenir histórico de la institución militar, la cual liderada siempre con visión del futuro y sobre la base del interés nacional, ha consolidado un invaluable bagaje de conocimientos y experiencias, que como legado histórico ha enriquecido a las nuevas generaciones, que igualmente comprometidas con su pueblo y sus instituciones, han emprendido desde ya las reformas que exige el

En ese simplista y sesgado análisis, salta como cantada solución de la controversia, la reforma militar, entendida esta, como una transformación radical de estructuras, normas y procedimientos operacionales.

En esta indiscutible cualidad de cambio, y adaptación al entorno de la guerra, la que ha garantizado al aparato militar, probados niveles de eficiencia frente a la agresión interna; la que ha permitido al país sortear incontables embates contra su institucionalidad; la que ha facilitado a la Nación entera, crecer económica, social y políticamente; la que ha encausado la ejecución de los planes de Gobierno; la que ha asegurado al aparato productivo su estable y sostenido crecimiento y la que por encima de todas las dificultades y reveses, ha impedido la abolición de nuestra cara democracia, preservando sus más altos valores de soberanía, libertad, integridad territorial y libre autodeterminación para regir sus destinos.

Las noticias de los pasados insucesos operacionales, extensamente publicitados y comentados, pareciera haber disparado la cauda incalculada de teorizantes violentólogos, tácticos y estrategas, para juzgar sin un análisis de contexto, las variadas causales que motivaron tales reveses, donde el interés por hacer presencia hasta en el último rincón de nuestra geografía para enfrentar la creciente agresión interna, hizo perder el concepto de su poder en determinadas regiones; sobrevalorar la capacidad de las tropas; subestimar los altos niveles de movilidad y capacidad de concentración de las cuadrillas; sumado esto a algunas fallas de conducción y la creciente limitación de medios aéreos para apoyar situaciones de enverga-

momento actual, sustentadas estas, sobre la base de amplios y profundos juicios de valor; que recogen no sólo las realidades del combate y su amplio desequilibrio en algunas zonas del país, sino también, cómo está la capacidad de combate de sus hombres y unidades; la vigencia de su organización frente al agresor; el potencial de sus unidades de apoyo administrativo y logístico; la versatilidad de los medios aéreos y su poder frente al creciente número de violentos; la formación de sus cuadros de mando y su capacidad de liderazgo; la organización y eficiencia de unidades de inteligencia; la vulnerabilidad de sus bases y cuarteles, los niveles del entrenamiento y en fin, todo aquello que apunte a modernizar; lograr altos estándares de eficiencia, evitar reveses operacionales y constituirse en el soporte y garante de los procesos de diálogo y negociación, sobre la base de su fortalecimiento, que permita la reconstitución de una fuerza, con capacidad disuasiva creble, que aleje de la mente de los eventuales negociadores, su manida pretensión de eludir o vulnerar acuerdos.

La **reforma militar**, está pues, en plena marcha y no requiere en su profundo y analítico proceso, de volátiles dictados que no recogen el sentir de sus integrantes, la dimensión de la agresión, las necesidades de modernización, el mandato constitucional y los intereses de una sociedad ávida de paz y hastiada de violencia.





Colombia en su vida republicana

ha estado en guerra permanente aunque quienes detentan el poder a través del bipartidismo, utilizando todo tipo de triquiñuelas, la presente como un ejemplo de democracia y civilismo de la América Latina. Dentro de esta confrontación endémica se pueden citar las siguientes etapas y las estrategias trazadas para lograr la paz, las cuales se diferencian por sus protagonistas y por sus motivaciones: las guerras civiles, la guerra política o violencia, la guerra ideológica o subversiva, la guerra narcosubversiva y la guerra sucia.

Las guerras civiles (1833–1900), que empezaron a librarse catorce años después de la independencia, fueron dirigidas política y militarmente por la clase dominante del país cuya finalidad era la de salvar rivalidades internas para conservar el poder esgrimiendo pretextos diferentes como la organización de tipo centralista o federalista, las relaciones de la iglesia con el Estado, los intereses de los menos favorecidos y otros. En estas guerras se enfrentaron dos fracciones con dirección de caballeros de un mismo linaje en las cuales se confundía el mando militar con la dirección política de los partidos y al término de estas se notaba la complicidad para mantener los privilegios del perdedor.